BIBLIOTECA INFANTIL
La Reconquista de España

Batallas del Jarama y el Pingarrón

POR

EL TEBIB ARRUMI

APROBADO POR EL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

BIBLIOTECA INFANTIL

La Reconquista de España

Batallas del Jarama y el Pingarrón

por

"EL TEBIB ARRUMI"

EDICIONES ESPAÑA
Duque de Sexto, 17. Madrid
JULIO 1941
PUBLICACIÓN DECENAL
NUM. 25

PRIMERA EDICIÓN

Julio 1941

Es propiedad de
EDICIONES ESPAÑA

Batallas del Jarama y el Pingarrón

POR

"EL TEBIB ARRUMI"

I

En la misma fecha en que Queipo de Llano desarrollaba su brillante ofensiva que había de conducirle a la conquista de Málaga, en el frente de Madrid se procedía a desarrollar la última fase de la operación calculada para estrechar y completar el cerco de Madrid, asegurando el cepo en que ya estaban presos los marxistas y al propio tiempo para fortalecer nuestra posición táctica y dejar nuestra línea y condición de sitiadores a salvo de cualquier género de intento-

nas que los rojos pudieran desarrollar con el propósito de liberarse del bloqueo. Ya dijimos, queridos muchachos, en nuestro fascículo "Madrid, en el cepo", cómo entraba en los propósitos de Franco realizar operaciones rápidas para con una última fase de maniobra trasladar la línea de frote más allá de la carretera de Andalucía, poniendo entre nuestros soldados y las unidades rojas la cinta de plata del río Jarama, en su parte de confluencia con el Manzanares y con el Tajuña; añadiremos ahora que otro objetivo de aquel ciclo final de las operaciones en el frente de Madrid tenía por finalidad el corte de la carretera de Valencia, última vía principal que aún quedaba en poder de los madrileños, cordón umbilical efímero por el que aún les llegaba vida, savia, alimentos, pertrechos de guerra y los refuerzos en hombres que lanzaban Levante y Cataluña y buena parte de Andalucía sobre la capital de España, utilizando aquella única vía de comunicación que serpenteaba por las planicies de la Mancha para abocar a Madrid por su parte Sur.

Conviene, amiguitos, que os deis cabal cuenta de la importancia de este objetivo, y para ello bastará con que refresquemos vuestra memoria

con el trazo rápido de la situación de todas las comunicaciones que afluían a la capital de España. Empezando por el Norte, de Madrid salían—y salen—estas carreteras de primer orden:

Carretera de Francia, cortada por nosotros aproximadamente en el kilómetro 90, en Somosierra y Robregordo; carretera de La Coruña, en su desviación a La Granja, cortada por nuestras tropas en el Reventón, Rascafría, Peñalara y Navafría; la misma carretera, en su trazado principal, cortada por nosotros en el Alto de los Leones, del Guadarrama, y en el sector de El Escorial, y red secundaria, cortadas en Peguerinos, Robledo de Chavela, Valdemorillo, las Villanuevas, Las Rozas, Brunete, etc. Carretera de Extremadura, cortada en Carabanchel Bajo (Vista Alegre). Carretera de Toledo, cortada en el Basurero y Barrio de Usera. Carretera de Andalucía, cortada en el Cerro de los Angeles y Getafe.

Dos carreteras principales quedaban, pues, libres a los marxistas: una, la de Aragón, libre hasta el kilómetro 105 ó 110, Almadrones-Algora, pueblos de la provincia de Guadalajara, y la otra, libre en todo su curso, absolutamente en

todo él: la carretera de Madrid a Valencia, por Arganda, Cuenca, etc., etc.

Si, pues, se conseguía cortar esta última carretera, era incuestionable que se habría logrado dar un gran paso para la rendición, a plazo no lejano, de Madrid, ya que a todas luces las carreteras secundarias existentes o las pistas que se podrían abrir a favor de la benignidad topográfica de los valles enclavados entre el Jarama y el Tajuña, de ninguna forma podían ser suficientes para mantener, con holgura, no sólo el tráfico y abastecimiento total de una ciudad con un millón de habitantes—y aún más, puesto que en Madrid habíanse recogido todos los pacatos que se vieron obligados a evacuar de los pueblos de su contorno y aun de los de la provincia de Toledo—y mucho menos podían bastar estos malos caminos de segundo y tercer orden para servir la evacuación de la población civil, que desde primeros de año la célebre Junta de Defensa de Madrid preconizaba como necesaria e imponía como urgente e inexcusable.

Buena prueba de la gravedad y trascendencia de este peligro fué aquella rápida construcción de un ramal de vía férrea que supliese el trazado del ferrocarril Madrid-Alcázar de San Juan.

línea que motivó en su construcción acelerada aquellas levas que se hacían en las calles de la capital de España de "todo hombre que pudiese empuñar un pico o cargar una espuerta de piedra", los que eran llevados y traídos hasta aquel trazado de línea férrea, que no llegó en realidad a funcionar nunca totalmente por no haberse terminado de construir un túnel que se hizo preciso abrir, y... porque no completamos nosotros nuestro plan de operaciones previsto al no alcanzar la ocupación de Chinchón-Arganda, de cuya línea férrea (la de Madrid, Hospital del Niño Jesús, a Arganda) había de partir la desviación ideada por los marxistas para buscar el enlace con la línea de Valencia por Alcázar de San Juan o Villacañas.

II

Catorce días seguidos duró el temporal de lluvias que se desencadenó en la zona de Madrid y su región. Ya hemos dicho cómo el General Orgaz había sustituído al General Varela en el mando de las fuerzas del frente de Madrid; añadiremos ahora que la característica de don Luis Orgaz era precisamente la de su facultad organizadora, y así, aprovechó aquella tregua que le imponía el mal tiempo para crear la que entonces se llamó "División Reforzada del frente de Madrid", perteneciente al Ejército del Norte, mandado en bloque por Mola, y al Cuerpo de Ejército del Centro, cuyo mando llevaba el General Saliquet. Orgaz dotó a su División Reforzada de valiosos elementos combativos, preparándose así para el ciclo de operaciones sobre el Jarama y Tajuña; pero, aun entregado con todo celo a esa organización, no por ello vivía ausente de cómo a su vez el enemigo acrecentaba sus dispositivos de combate, en tal pro-

porción y grado, que el más lerdo tenía que sospechar que tamaños elementos no podían acumularse únicamente con una mira defensiva... Y así era, en efecto, porque no se tardó en adquirir la certeza—no en balde teníamos dentro de Madrid muy "buenos amigos" y, heroicamente, éstos mantenían inteligente servicio de información con nuestro Mando—de cómo los marxistas preparaban un rudo contraataque a nuestra línea de cerco, pretendiendo hendirla precisamente por el sector de la carretera de Andalucía, a la altura de los pueblos de Parla e Illescas, para, una vez rota nuestra continuidad de línea, trocar los papeles y pasar ellos del de sitiados a sitiadores de todas aquellas fuerzas de primera línea del frente de Madrid, a las que atacarían de revés al filtrarse por el boquete abierto sobre Illescas para alcanzar por la espalda la línea Getafe, Navalcarnero, Brunete, Majadahonda, Las Rozas, con lo que todas las unidades enclavadas en el extrarradio madrileño (Carabancheles, Casa de Campo, Ciudad Universitaria, Aravaca, Pozuelo, etc.) se verían cogidas entre dos fuegos y no tendrían más remedio que sucumbir. (Este mismo plan, sólo que en orientación contraria, fué el que meses más

tarde animó la contraofensiva célebre de Brunete, esfuerzo el más gigantesco que los rojos realizaron en los dos primeros años de la guerra.)

Como decimos, queridos muchachos, el General Orgaz dispuso sus fuerzas en forma tal que le permitiesen las circunstancias, aunque el enemigo atacase simultáneamente por varios de nuestros sectores de los frentes de Madrid, actuar con una "masa de maniobra" lo suficientemente considerable para que posibilitase en pocas jornadas, una semana o a lo más doce días, rebasar la línea del Jarama y caer sobre Alcalá de Henares. A tal efecto, las bases de partida de estas columnas móviles se fijaron en Getafe, Pinto, Parla y Valdemoro, y las unidades maniobreras que se formaron fueron seis, bajo los mandos de los Coroneles García Escámez, Ricardo Rada, Asensio, Barrón, Sáenz de Buruaga, más la caballería mandada por el Coronel Cebollino. Todas estas fuerzas maniobreras iban a las órdenes directas del invicto y laureado General Varela.

Como operación preparatoria del desarrollo del gran plan, se concibió un movimiento de avance hacia La Marañosa, Gózquez y Ciempozuelos, que hubo de realizarse el día 6 de fe-

brero. Fueron las fuerzas del Coronel Rada—casi todas ellas formadas por requetés que ya se habían probado en los duros combates iniciales de la Cruzada por el frente del Bidasoa—las que, haciendo un avance raudo y tenaz, en la madrugada de dicho día, y en combinación con las fuerzas de caballería del Coronel Cebollino, consiguieron penetrar hasta diez kilómetros en el campo marxista, en quince kilómetros de extensión, y dejando por frente el curso del Jarama.

El terreno en que se realizó la operación era ligeramente movido y ofrecía pocas alturas difíciles para la infantería. El cauce del Jarama ocupa, como es natural, la zona más baja de todo ese terreno, donde existen unos cuantos vértices o crestas, cuyas cotas varían entre los 657 metros que tiene el vértice llamado Coberteras, hasta los 790 que ofrece el vértice Valdesemorial. No obstante, algunos de esos vértices, precisamente los colocados en el centro, son de acceso difícil por estar llenos de barrancos y algunos de ellos poblados de olivares bastante tupidos, como el vértice Pingarrón y el Pajares.

El día del comienzo de la operación amaneció sin una nube, sereno, tranquilo. Los Tabores de

Regulares, las Banderas legionarias, ocupan en el centro la línea de extrema vanguardia, y en los flancos, y a su altura, están los Requetés y las Banderas de Falange.

Era muy grande, extraordinaria, el ansia de avance que tenían nuestros muchachos, y así no fué de extrañar que, añadiendo a las buenas condiciones de las tropas que hemos enumerado el entusiasmo y el ímpetu alegre que siempre da la acometida, el enemigo quedase prontamente batido y rebasado su frente casi sin ninguna reacción digna de ser tenida en cuenta. Así se llegó a ocupar La Marañosa, antigua fábrica militar de gases, las casas o cortijo de Gózquez y el pueblo de Ciempozuelos, más el punto de apoyo de la línea roja, que estaba situado en el vértice llamado Cabezofuerte. En aquel lugar, como en Ciempozuelos, la guarnición roja estaba formada por tropas de las Brigadas Internacionales, singularmente de la 18, que era una de las más afamadas y jaleadas por las radios marxistas, lo que no fué obstáculo para que, apenas se presentaron nuestros amigos los moros y nuestras guerrillas de legionarios, abandonasen sus posiciones dejando en nuestro poder abundantísimo botín. Aquel día 6 de febrero, primero y prepa-

ratorio de las batallas del Pingarrón, que había comenzado sereno, claro y espléndido para los fines de guerra, tuvo un final triste, porque inusitadamente las nubes volvieron a amontonarse sobre el Jarama y a descargar desde el atardecer sus vientres hidrópicos sobre nuestros soldados.

Naturalmente, esto enfrió en no poco grado el entusiasmo que había nacido a favor de la fácil y sin embargo importante victoria de la primera jornada, ya que se presentía que con la revirada del tiempo o se habrían de aplazar de nuevo las operaciones, perdiendo el efecto de la sorpresa, por haber descubierto ya el enemigo nuestro propósito, o habría que aceptar una lucha más lenta, menos brillante, a causa del mal estado del terreno de combate, que por aquellas regiones es típicamente gredoso, con lo cual queda dicho la facilidad de trocarse en verdaderas pistas de patinaje para nuestros soldados y pertrechos de guerra.

III

Aquella noche, tras de haber presenciado todo el avance, este cronista del Cuartel General transmitía de esta forma sus impresiones de la lucha a la Radio Nacional de Burgos:

"Ha sido precisamente en Ciempozuelos donde se ha cogido un más importante botín y donde sufrió el enemigo un castigo tal, que sólo en ese sector, la noche de hoy, quedaban enterrados más de cuatrocientos cadáveres rojos y se hicieron durante el día ochenta y tres prisioneros, todos ellos copados cuando aún tenían las armas en la mano y algunos captados después de mucha resistencia por su parte.

"En ese botín de que hablo figura en primer lugar la total documentación oficial de la Brigada número 18, con las listas de sus componentes—entre las que son inmensa mayoría los nombres de extranjeros—y un rico arsenal cartográfico de más de trescientos croquis de la región madrileña, a base de los mapas catastrales del Instituto Geográfico y Estadístico.

(Conviene que hagamos un paréntesis para dejar anotado en esta nuestra verídica historia la importancia de esa presa cartográfica, porque..., queridos muchachos, ¿sabéis cómo hubimos de hacer la guerra, de preparar las operaciones durante los ocho primeros meses de la campaña? Pues utilizando por única cartografía los Mapas Michelín del Real Automóvil Club, y ésos, además, en insignificante cuantía. Sólo con esos mapas, que carecen en absoluto de curvas y de nivel, detalles topográficos y anotaciones de agrimensura que son indispensables al Estado Mayor de un Ejército y al Mando de las tropas para el buen desarrollo, enlace y concierto de las marchas y avances, y no digamos para el estudio y precisión de las acciones artilleras. En realidad, hasta bien cumplido el año de empezada la campaña, hasta la caída de Santander, nuestro Estado Mayor careció en absoluto de mapas y croquis, teniendo que apelar a referencias, a panorámicas y a todo género de sustitutivos para el desarrollo de las operaciones. Con esto dejamos subrayado ante vuestro conocimiento, queridos amigos, la trascendencia de aquel botín que se cogió en Ciempozuelos y por qué el cronista oficial del Cuartel General se-

ñalaba esta presa con piedra blanca precisamente al iniciarse las operaciones sobre el Jarama.)

"En la estación se cogió un tren completo formado por once vagones; cinco de ellos contenían carne congelada de marca francesa, y tres, cargados de botes de leche condensada de a kilo, con la etiqueta enteramente redactada en español y en ella la explicación de la manera de usarlos. Esos botes tenían en castellano todo ello y bajo el título pomposo de "El gorro rojo"; pero, a pesar de esos rótulos en nuestro idioma, en los envases y precintos de las cajas de botes se nota la procedencia rusa y la fecha de expedición de la mercancía en el puerto de Odesa.

"De armamento se han cogido más de setecientos fusiles nuevecitos, varios centenares sin estrenar, y todos con sus respectivas bayonetas y dotación de municiones. Igualmente se cogieron dos magníficas piezas antiaéreas, sin desembalar todavía, empaquetadas y metidas en unos estuches primorosos, y otras dos de uso recientísimo; dos cañones y cuatro morteros, también recién desempaquetados y sin haber hecho ni un solo disparo, y numerosas cajas de granadas para morteros de sesenta milímetros y más de dos millares de granadas de mano.

"Se explica perfectamente la cuantía y calidad de este botín y el número de muertos que los rojos tuvieron, por el hecho de que éstos fueron sorprendidos por nuestro ataque, que se realizó en menos de una hora, y muy de mañana y bajo un formidable fuego de cañón y ametralladora.

"Por esta rapidez de nuestro ataque se dieron casos tan curiosos como el de haber cogido echado sobre una cama de operaciones del Hospital de Sangre que en Ciempozuelos tenían establecido los marxistas, a un pobre soldado ruso a quien pensaban extraerle una bala del vientre, pero que fué abandonado en plena operación; no tengo que decir que lo primero que hicieron nuestros médicos fué continuar la intervención quirúrgica comenzada por los doctores rojos, tan pusilánimes, que no se atrevieron a hacer al pobre ni una mala sutura provisional. Por suerte, este desgraciado vive todavía, y son de oír sus palabras de gratitud, en mal chapurreado castellano, para nuestra Sanidad y para los Mandos de las tropas de Franco, que han recomendado la máxima solicitud en el cuidado de este extranjero herido."

IV

Como hemos dicho, la noche del 6 al 7 de febrero, y en todo este día, volvieron las nubes a romperse en un verdadero diluvio. A pesar de ello, continuó el avance. Fué un día durísimo este segundo de la batalla del Jarama. Y de sus dificultades dimos la siguiente referencia:

"Luchar, avanzar, atacar cuesta arriba ya es mucho; pero hacerlo, además, cuando los pies resbalan a cada momento y el barro alcanza a la misma cara y el esfuerzo de cada paso equivale a un alarde de fortaleza, es ya algo que pasa de lo humano y normal para entrar en lo prodigioso e inconcebible. Yo he visto a los soldados de España cuando regresaban de ésta su gloriosa hazaña de hoy, tras de dejar guarnecidas las nuevas posiciones, y juro que me quedé asombrado, que tuve que hacer esfuerzos para reconocer en ellos la presencia de seres humanos. Su estado era tal; que más parecían monstruos de arcilla, figuras de barro ennegrecido,

abortados de la misma entraña de la tierra. Pero...

"¡Hube de reconocerlos! De esos monstruos enlodados salía corajuda, pimpante, henchida de alegría, la voz de la victoria. ¡Cantaban a grito pelado! ¡Vitoreaban a pleno pulmón el nombre del Caudillo, del General Varela, del Jefe del batallón, del escuadrón, de la "mía" o de la Bandera! ¡Y con qué aliento potente! El barro, que cubría sus caras, saltaba como vidrio de ellas a la contracción brusca de los músculos, puestos en juego para más y mejor disparar al aire vítores y nombres. Por suerte, el santo nombre de "España" requiere para ser dicho en toda su perfección fonética, un juego de nervios, masas musculares y de articulación verdaderamente esplendoroso. Y así, gritando ¡Viva España!, los monstruos de barro se quedaron otra vez convertidos en seres de apariencia humana, en soldados de la Patria, que, por ella y ante ella, sin reconocer obstáculos ni regatear sacrificios ni siquiera el de confundirse con el abyecto barro, ¡ese barro que, según un gran escritor, filósofo marcial, es el peor enemigo para la moral del combatiente, por obstaculizador, por retardador y por sucio...!"

Aquellas penalidades tuvieron compensación, ¡y de alto grado!, porque si el 7 y el 8 no se avanzó en el frente del Jarama en el grado y proporción que el día 6, en cambio nuestras líneas sintiéronse electrizadas por el entusiasmo, porque en esas tres jornadas, y especialmente en la última de ellas, corrió de boca en boca y alborozó todos los corazones la fausta nueva de nuestro gran éxito en Andalucía, de la proeza de Queipo en la zona malagueña. Aquel hecho glorioso lo captamos nosotros y transmitimos por las ondas inalámbricas así:

"La noticia de la conquista de Málaga por las valerosas tropas del Ejército del Sur corrió desde primera hora de la mañana de boca en boca, y al ser confirmada por los Jefes de las distintas columnas, arrancó delirantes muestras de entusiasmo, desgañitándose los soldados de Orgaz con gritos de ¡Viva España!, ¡Viva Franco!, ¡Viva Queipo de Llano! y ¡Viva el Ejército salvador! Cuando mayor era el entusiasmo, en el frente del ala derecha se empezó a escuchar denso fuego de cañón y fusil. Era que una de nuestras columnas, la que ocupaba La Marañosa, proseguía su avance y conquistaba, en soberbio empujón, el vértice Cobertera, donde el enemigo,

amparado por una magnífica situación estratégica, parecía ofrecer alguna resistencia. Cuando más intenso era el fuego empezó a caer copiosa lluvia, pero esto, en lugar de desalentar a nuestras tropas, pareció darlas aún más vigor, y en pocos minutos nuestras guerrillas recorrieron y dominaron todo el escarpe que va desde Cobertera hasta las márgenes mismas del Jarama, en el punto de confluencia entre este río y el Manzanares, donde se forma un espolón de elevada cota en relación con las tierras que le rodean y que constituyen una posición táctica inexpugnable.

"El enemigo, después de perder esa posición base, ya sólo ofreció resistencia en el grupo de edificaciones rústicas conocido con el nombre de Casa Eulogio, donde antiguamente pastaban reses bravas de varias ganaderías; vencida la resistencia de este lugar, hubo que batir a los marxistas en otra finca, ya sobre la caída del río, llamada Casa de Román, lugar, por cierto, en el que vino al mundo y se crió el torero y hoy falangista Marcial Lalanda."

V

La operación continuaba, pues, con sujeción al plan previsto, y sólo con algún retraso a causa de la lluvia y el mal estado del piso. Los rojillos, cierto que se defendían; pero, en realidad, con marcado desmayo, salvo en algunos episodios aislados. Nuestros éxitos tácticos se agigantaban, y ya antes de terminar la primera semana de las nuevas operaciones, podíamos nosotros, en servicio de la verdad más rigurosa, plantear a los españoles de la España Nacional, la situación en estos términos:

"Al ocupar en la mañana de hoy nuestras fuerzas el "espolón de Vaciamadrid" (aunque sin llegar a este lugar, situado, como se sabe, en la margen oriental del río Jarama, en el punto mismo de la confluencia de éste con el Manzanares), desde ese escarpado, cuya cota mide los 656 metros, siendo así que las que más se le aproximan en la contornada y en altura no al-

canzan arriba de los 600, metro más, metro menos, queda bajo nuestros fuegos, no ya de cañón o mortero, sino de simple fusil o ametralladora, puesto que no nos separa de ella ni un kilómetro, la carretera de Valencia, en un amplio espacio, que la deja en descubierto por un recorrido de cerca de cinco kilómetros, desde el 17 al 21 de su numeración general. A tiro limpio, sin necesidad de arriesgar ni un solo soldado, se bate con fuegos fáciles ese buen trozo de camino, que requiere, aun para rápidos medios de locomoción, no menos de cinco minutos en su recorrido. No exageramos, pues, al decir que queda la carretera enteramente cortada por nuestros fuegos, porque no hay nadie capaz, por grande que sea su arrojo o por mucho que le apremie la necesidad, de lanzarse por un camino batido de forma tan eficaz y durante tan largo trayecto. Pero cuéntese, además, que, por la condición topográfica del terreno, no cabe pensar en la construcción de ramales de desviación, y que, aunque se pudieran trazar, nunca servirían, y menos con este temporal de ahora, para la circulación de carros o camiones pesados, o baterías, o siquiera camionetas de las que se usan, con los coches ligeros, para enlaces y transpor-

tes individuales. Pero es que aún hay más. La línea del ferrocarril del Tajuña—esa línea que nace en la estación antes llamada del "Niño Jesús", y ahora probablemente denominada "Padre Luzel" o " TíoChipicwski"—pasa por este sector juntamente pegada a la carretera y al río, y, por lo tanto, está igualmente batida e igualmente clausurada para el uso de los rojos.

Pero es que aún hay que añadir que hemos ocupado otros vértices dominadores, más al Sur, hacia Arganda, y en ellos situados, nuestras baterías cubren con sus fuegos seguros el poblado de ese nombre, y, lo que es más importante, el puente de la carretera y del ferrocarril, más el empalme de la general de Valencia con la que va a Chinchón. Es decir, un nuevo y muy eficaz corte de importantes vías de comunicación.

En resumen: que se ha clausurado enérgicamente una puerta de entrada y salida a Madrid; la puerta más principal, más amplia, de más fácil acceso y más provechosa utilización de cuantas a la capital quedaban. Ahora, después de esta gran victoria estratégica, para entrar o salir de Madrid, en la única dirección posible y útil para los marxistas, en la dirección de Levante y Sur, no les queda más remedio que utilizar,

mientras les sea posible, la carretera de Madrid-Zaragoza hasta Alcalá de Henares, para desde este punto tomar una de tercer orden, angosta y de firme de tierra, que por Villalbilla y Pezuela de las Torres les aboque en los ramales de Loranca, de Escariche o Moratilla, para por ellos, mal que bien, poder llegar a Sacedón y de allí dirigirse a Cuenca. Ese es el camino más corto, y representa rodeos de más de cien kilómetros y por vías que no son en realidad, y sobre todo en invierno, sino verdaderas trochas o gallanas, incapaces de soportar la rudeza y densidad de tráfico de una carretera de primer orden, y menos cuando esas carreteras llegan a ser las de única posible circulación y en momentos en que las necesidades a servir son cien veces mayores que de ordinario. El día en que por esos verdaderos vericuetos se metan un centenar de camiones, un convoy de cuarenta o cincuenta camionetas, o una columna con impedimenta en marcha forzada, todos se atascarán y será difícil que ninguno llegue a su destino, sino es a través de muchas horas de camino y de multiplicidad de riesgos y fracasos. Y si además los dos sentidos de la circulación, el de aflujo y el de reflujo de Madrid, se hacen por las mismas vías, vaticina-

mos que se cumplirá, esta vez rotundamente, aquel anuncio que, pensando en nuestra embestida a Madrid, lanzaban los rojos a grito pelado: "¡No pasarán!"... Sólo que los que no pasarán serán ellos, nuestros "tozudos de la derrota", ¡los marxistas!

VI

Al empezar la segunda fase del ciclo de operaciones del Jarama, es decir, al enfrentarnos con el rumbo del Tajuña, tuvimos la explicación de la acusada flojera del enemigo. Su débil defensa de muy buenas posiciones, que, una tras otra, fueron dejando en poder de nuestros muchachos, tenía por objeto el conseguir engañarnos, el lograr que "nos confiásemos" y fuésemos más allá de lo prudente para entonces, ellos, asestarnos a mansalva un grave golpe de mano que no sólo contuviese nuestro avance, sino que pudiese ofrecer mellas en nuestra línea para, insistiendo sobre ella, hacerla saltar y librar con ese resultado a Madrid del ya agobiador bloqueo que estaba sufriendo.

Creyeron los mandamás marxistas que al cruzar el Jarama ya habíamos cometido la imprudencia que ellos esparaban y lanzaron sus mejores unidades combativas contra nosotros des-

de la carretera de Extremadura hasta la Cuesta de la Reina para tantear nuestro punto débil.

En el primer achuchón ya quedaron detenidos y fueron totalmente destruídos los batallones segundo y tercero de la brigada 18, cuyas fuerzas se habían concentrado en el sector del Jarama, preparando por dicho lado un ataque a fondo de nuestras líneas, precisamente por el centro de la que iba de los Carabancheles hasta Seseña.

Este ataque ofensivo se vió destruído antes de empezar por nuestra diligencia en el ataque a Ciempozuelos, a juzgar por la cantidad de armas que cogimos y que aún se encontraban empaquetadas, así como por el gran número de cajas de municiones que estaban en almacén.

La ofensiva roja se pensaba realizar en seguida, probablemente en cuanto mejorase el tiempo. La decisión de nuestro Mando de operar a pesar del mal tiempo y cuando caía un verdadero diluvio y las tierras parecían hacer imposible todo avance marcial, hizo fracasar el plan enemigo, porque le destrozamos sus mejores unidades de ataque, y luego, porque quedaron en nuestro poder posiciones de alto valor estratégico, que hacían de todo punto imposible cual-

quier intento de asalto desde las márgenes orientales del Jarama, aún ocupadas por los rojos.

Pronto se hubo de recoger la prueba fehaciente de aquella aseveración de la imposibilidad para ellos de atacarnos y la verdad anunciada de que la carretera de Valencia había quedado totalmente cortada por nuestros fuegos.

En efecto, a media tarde del día del fracasado ataque rojo intentaron pasar desde el pueblo de Vaciamadrid un convoy de víveres, compuesto por una veintena de camionetas. Al llegar las primeras al lugar donde empezaban a surtir efecto nuestros fuegos de fusil y ametralladora, los conductores de los primeros coches rojos sufrieron las ráfagas de nuestras automáticas, y las siete primeras camionetas quedaron paradas, algunas volcadas, en la carretera de Valencia, mientras que las demás dieron marcha atrás, situándose al resguardo de unos taludes, en espera de que las sombras de la noche permitieran dar vuelta a los camiones y regresar a Arganda.

En resumen, que se segó en flor "el farol" rojo, que su ataque se frustró casi al iniciarse y con considerables pérdidas.

Como detalle gracioso de aquellas desgraciadas operaciones rojas, añadiré que en el vértice

"Mesa", y cuando ya nuestras fuerzas lo habían rebasado y limpiado las trincheras que tomaron a los marxistas, empezaron a oírse grandes voces que decían constantemente: "No pasarán". Nuestros soldados se volvían locos buscando al rojo que aún se atrevía a lanzar tales gritos, sin encontrarle, hasta que descubrieron dentro de un nido de ametralladoras un altavoz conectado con Madrid con la emisora de radio, que, como consigna machacona, cada tres minutos, por tres veces, lanzaba en grandes gritos el célebre "No pasarán", y que aquella vez, por lo menos, fué oído por los que, desde luego, habíamos pasado. ¡¡Y con qué brío y pujanza!!

VII

Deshecho el intento de Villalba "el rojo", y abonanzado el tiempo, el General Orgaz dió orden de pasar, sin más tregua, a la fase segunda de la maniobra. La madrugada de un día espléndido tres columnas, al mando directo del General Varela, partieron de La Marañosa, Coberteras y Gózquez. Iban mandadas, la de la izquierda, por Barrón; la del centro, por Buruaga, y la de la derecha, por Asensio. La acción dió principio con admirable preparación artillera, que batió durante largo rato la orilla enemiga del Jarama, cooperando eficazmente la aviación, viéndose al enemigo que ocupaba las trincheras sobre las márgenes del río, abandonar éstas precipitadamente por no poder resistir el durísimo bombardeo que les dirigíamos. Poco antes de las ocho de la mañana, el tabor de tiradores de Ifni, que mandaba Siro Alonso, se descolgó de sus posiciones, y en formidable galopada pasó el río Ja-

rama por el trozo mismo que corre entre el Puente del Rey y el Porcal.

Nuestros jinetes, sin vacilación, se apoderaron de la orilla enemiga del Jarama, no aguantando los rojos su empuje, coronando así los bravos tiradores de Ifni las primeras alturas, con lo que dejaron cubierto el paso del río para la infantería, que inmediatamente lo vadeó, entre gritos de entusiasmo, situándose en las mismas trincheras que poco antes ocupaban los marxistas.

La resistencia enemiga fué muy inferior a lo que se esperaba, dado que de todas cuantas operaciones de guerra se pueden imaginar, la que ofrece siempre mayores dificultades y riesgos es el paso de un río, y más cuando éste es de la ya considerable importancia del Jarama. Al atravesarlo se pasó también al otro lado de la carretera de Valencia, que desde entonces quedó a nuestra retaguardia.

No descansaron sobre sus laureles nuestros muchachos, y las guerrillas y escuadrones, con aliento formidable, siguieron avanzando por entre las viñas y olivares que ocupan casi todo el término de Arganda, escalando con toda seguridad el escarpado de tierras de labor conocido

con el nombre de "Casa Pajares", habiendo desbordado ya la carretera que va desde el puente de Arganda a Colmenar de Oreja, cubriendo las primeras cotas altas, de 880 metros, en escalada considerable, pues el cauce del río va a los 540, siendo, por tanto, el declive del terreno muy pronunciado, además de áspero. Pero nada de lo dicho detuvo a los nuestros, que en esta jornada, cuya importancia es extraordinaria, dieron prueba, si cabe, de mejor espíritu que nunca. Como resumen de aquella jornada, Orgaz pudo decir: "Lo más difícil ya está logrado."

No habíamos hecho más que tomar tierra al otro lado del Jarama, vadeándolo, cuando Asensio y sus hombres emprendieron el paso del puente. Los rojos se defendieron con insistencia, dando lugar a repetidos hechos de armas, que anecdóticamente recordaremos repasando las notas tomadas en el mismo campo de batalla durante aquella dura jornada. Por ejemplo, ahí van estos rasgos:

La primera columna que pasó el río, al mediodía, puso sin vacilar todos sus contingentes al otro lado. La rapidez de su avance nos valió, no sólo tomarles dos tanques rusos en los primeros momentos, sino cuatro más, que quedaron en la

carretera de Valencia inutilizados. Dentro de uno de ellos estaba el cadáver del conductor: era un capitán francés, cuya documentación quedó en nuestro poder.

Al pasar las primeras fuerzas el puente, que los rusos no tuvieron tiempo de volar, unos jinetes rojos que estaban de guardia al otro lado del puente salieron huyendo, pero no tan deprisa que no les alcanzasen las granadas de los nuestros, y decidieron desmontarse, por encabritárseles los caballos, y hacerse prisioneros.

Las tropas de esta columna, una vez pasado el río, escalaron posiciones en las que los rojos dejaron ciento diez cadáveres vistos. Fué, en realidad, en este puente donde pusieron más resistencia por ese lado. Nuestros soldados siguieron avanzando hasta coronar las cotas más convenientes. Por dos veces fueron las columnas visitadas por los "ratas" enemigos, pero no sin que nuestras baterías antiaéreas los siluetasen al carboncillo entre las nubes. A causa de ese contraataque de nuestros antiaéreos, los "ratas" hubieron de "picar", es decir, descender rápidamente hacia el suelo, y ello fué aprovechado por un moro que, haciendo gala de su destreza, disparó su fusil con tal acierto que derribó uno de

los aparatos, cuyo piloto fué atravesado por un balazo en el cráneo. Entretanto seguía nuestro avance, los rojos, cautelosamente, trataron de cortarnos la retirada, filtrando diez tanques entre nuestras guerrillas y la orilla del río. Afortunadamente, el General Varela había tenido la previsión de ordenar que la artillería no atravesase el Jarama en pos de la infantería, y merced a ello se pudo concentrar el fuego de tres baterías, que no tardaron en acabar con los tanques, ametrallándolos casi con fuego directo, y obligado a ocho de ellos a fugarse y quedando incendiados los otros dos. Fué un momento crítico y difícil, salvado por la previsión del Mando.

Otra de las columnas pasó el río por el mismo puente que la primera, gracias a que al intentar volarle los rojos, lo hicieron con tal falta de tino que el hornillo sólo prendió en el último tablero, que en lugar de destrozarse se descolgó, quedando sobre el tramo anterior, con lo que pudo ser utilizado perfectamente, incluso por los camiones y con gran regocijo de nuestros soldados, porque les divertía esa manera de pasar al campo enemigo por una especie de montaña rusa.

En San Martín de la Vega, apenas tomado,

recogimos datos de interés hablando con dos pobres señoras, las que nos refirieron cómo había en el pueblo 2.000 hombres, que ellos llamaban una Brigada Internacional, los que, cuando el sábado se tomó Ciempozuelos y empezaron a llegar a él cientos y cientos de heridos y camiones cargados de cadáveres, se dejaron ganar por el pánico, y en la misma noche, por grupos de quince o veinte, se fueron marchando como y cuando les daba la gana, haciendo lo mismo los jefes, pero con protesta de la indisciplina de que hacían gala sus subordinados, a los que llamaban a grito pelado ¡cobardes!, para luego... seguirles los pasos pisándoles los talones.

VIII

Vamos a abrir un paréntesis para volver a tratar del estado de espíritu de los marxistas. Vale la pena detallarlo, porqué, por sí solo, este dato explica muchas cosas.

En el edificio de la fábrica de gases de La Marañosa, el que esto escribe hubo de requisar un documento, prueba fehaciente de la aseveración, tantas veces repetida a través de despachos y crónicas, de que entre los rojos, a pesar de las constantes apelaciones que hacían sus radios y periódicos a la absoluta urgente necesidad de mantener, mejor dicho, de crear, sostener e imponer una férrea moral y subordinación, tanto en la vanguardia como en la retaguardia, todo acusaba plena anarquía. Cientos de veces se les oía por aquellas fechas clamar por la urgencia de alcanzar un "Mando único" y una "Disciplina". Pero el resultado de tales prédicas incesantes era, seguía siendo, absolutamente nulo.

El documento que yo encontré era tan con-

tundente y demostrativo en su contenido, que estimo vale la pena de extender su divulgación e inteligencia.

Se trataba de lo que, en términos militares, se conoce con el nombre de "Parte por escrito", procedimiento usual para dar cuenta a un superior de faltas graves que, o por la índole de ellas mismas o por la categoría de las personas que las perpetran, merecen ser juzgadas por la superioridad con procedimiento formal, escrito, y no a la ligera. El que da un parte por escrito expresa con ello su deseo de ver juzgado el asunto con todas las garantías procesales marciales, al propio tiempo que subraya y acentúa la importancia que para él encierra el asunto a dirimir. Pues este parte, que yo recogí en el cajón de la mesa del despacho que sin duda empleaba el jefe de la columna que guarnecía tres fechas antes La Marañosa, estaba firmado por un capitán de servicio, y, pese a su mala sintáxis y estilo, reveladora de la incultura marxista revolucionaria, tenía toda la prestancia de una formal acusación y, desde luego, de una paladina declaración de la clase de procedimientos bárbaros que estaban en uso en el campo rojo y co-

mo habituales del famoso "Ejército del pueblo". Decía así el capitán Juan Alcántara:

"Brigada 48, no divisionaria, tercera compañía.

"Camarada comandante: Ayer por la noche, cuando efectuaban el servicio de vigilancia del sitio denominado "Los Frailes", y ya de regreso, el cabo José Ruero Marqués y un miliciano más, vieron a un hombre maniatado de brazos, piernas y cabeza, dando grandes gritos de auxilio.

"Al acercarse al lugar y una vez de haber dado la voz de ¡quién vive!, comprobaron se trataba de un miliciano del batallón de Valencia que se encuentra en ésta, y a su lado, dos oficiales del mismo batallón, que, según declaración de la guardia mencionada, eran los autores materiales del hecho. Como el caso en sí encerraba bastante anormalidad por el carácter de extrema injusticia que presentaba, y puesto que en estas circunstancias que vivimos es insensato obrar así, por escrito lo pongo en tu conocimiento para que tú, con tu mejor criterio, lo resuelvas como creas pertinente.

"Salud y revolución.

"La Marañosa, 2 de febrero de 1937.—El capitán, *Juan Alcántara* (rubricado).

"Señor comandante jefe del batallón de Triana."

Hasta aquí el parte que daba cuenta del hecho bárbaro de dos milicianos que "maniatan" de brazos, piernas y cabeza a un soldado, no sabemos con qué finalidad, pero sí, según el declarante, con extrema injusticia.

Pero es que el documento tenía una preciosa coletilla. Al pie mismo de la firma del capitán, bajo el sello que decía "Batallón de Triana. Plana Mayor", había unas líneas que rezan textualmente:

"Comuníquese al capitán de la tercera compañía de ese batallón que se abstenga en lo sucesivo de hacer ese género de denuncias contra compañeros suyos, porque esto no remedia la indisciplina, sino que así la agrava. Estas cosas o no se ven o si se ven se castigan en el acto, pero no se ponen discos al mando." Sigue luego un garabato con lápiz de tinta, en el que yo pretendí leer un "José Melgareto" o "Melgar Lope" o algo por el estilo.

¡Para qué comentar! ¡Así perdían la guerra!

IX

El día 10 hicieron por primera vez su presentación como masa de combate organizada los tanques rusos, los del célebre cañoncito que en un santiamén disparaban cuatro granadas a más de la acción terrible de sus dos ametralladoras. Veintiséis carros de este tipo se deslizaron a la espalda de nuestras tropas entre los cerros del Pingarrón y espolón de Vaciamadrid y el río. El ataque, bien pensado, fué terrible, y los momentos para nuestro Mando, verdaderamente críticos. Cinco horas duró la presencia de los terribles artefactos de guerra a la espalda de nuestra línea de avance, y se salvó la situación porque afortunadamente la infantería marxista no tuvo el denuedo suficiente para acompañar a los carros, y así, éstos, muy batidos por nuestra acción artillera y sin apoyo de los infantes, no tuvieron más remedio que abandonar su intento. Cuatro de los tanques quedaron en nuestro po-

der. La artillería estuvo en aquella jornada sencillamente colosal; más aún, ¡providencial!

Innegablemente, después de pasar el Jarama se fué haciendo más considerable y más densa la resistencia marxista, acudiendo a detener nuestro avance grandes contingentes, singularmente de la 15 Brigada Internacional, si bien estos elementos se presentaron tarde en acción, cuando, por suerte para nosotros, ya ocupaban nuestras unidades posiciones ventajosas. También se notó que el enemigo, que en jornadas anteriores sólo había hecho tal cual disparo de cañón, lo que nos hizo suponer que no disponía en aquel frente de suficientes baterías, desde el día 10 hizo mucho fuego artillero.

Hubo asimismo aquel día gran movimiento en el aire y un largo combate aéreo por encima de Gózquez, combate en el que dos aparatos rojos fueron seriamente tocados.

A pesar de tal resistencia enemiga, nuestras tres columnas progresaron hacia sus objetivos, ocupándose posiciones ventajosas al Este del río y en terrenos que distaban de Arganda y Morata de cinco a seis kilómetros; la carretera del puente de Arganda a Colmenar de Oreja quedó

en nuestro poder desde el kilómetro 23 hasta el 38.

Aquella misma noche debió Miaja pensar que habíamos desguarnecido algunos de nuestros sectores en el frente madrileño, y quiso sorprendernos con un ataque por La Marañosa.

A las cinco y media de la mañana empezaron los rojos a intensificar su fuego; se les replicó adecuadamente, y cuando todo parecía haber terminado, se vió cómo desde la Aldehuela, de Perales del Río y de una finca de recreo situada junto a Vaciamadrid, en el mismo borde del río Manzanares, salían fuertes contingentes rojos, precedidos de seis carros de asalto, que aceleradamente se dirigían hacia La Marañosa, con una a modo de maniobra envolvente, que no llegó más que a apuntarse cuando ya estaba deshecha por el fuego de nuestras unidades.

Descubierto el ataque rojo, con serenidad se dejó llegar al enemigo hasta que estuvo bien a tiro de nuestras ametralladoras, y en tal momento se le recibió con un fuego por ráfagas que, en pocos minutos, dió en tierra con los más arrojados de los asaltantes, y que, finalmente, obligaron a los que seguían a los carros a detenerse en su progresión. Por si faltase algo, en tal instan-

te llegaron al sector en lucha unas escuadrillas nuestras, que acabaron de sembrar el pánico, con su fuego en picado, entre los marxistas atacantes. Los carros dieron media vuelta, y de los seis quedaron dos inutilizados y en nuestro poder.

La artillería estuvo magnífica.

El fracasado intento aún tuvo una segunda parte con otro leve empujón, pero éste careció de importancia, viéndose claramente que se llevaba a cabo para poder retirar a los heridos que habían quedado cerca de nuestro campo, acto que, como de costumbre, se respetó por parte nuestra, a pesar de lo cual no se atrevieron los camilleros a llevarse también los cadáveres, que dejaron, como de costumbre, tendidos en tierra, y a los que tendremos que enterrar nosotros hoy, que, por desgracia para los rojos, están en cantidad enorme, pues el castigo que mereció la intentona del nuevo generalísimo marxista fué de los que hacen época.

En el frente del Pingarrón hubo calma; el avance era difícil porque el terreno en que estas columnas venían luchando está muy poblado de olivares, que se tienden en un frente de seis kilómetros por más de ocho de profundidad. Aprovechando los tupidos olivos, los rojos situaban

sus ametralladoras detrás de los más recios troncos, y por si esto fuera poco, pusieron tiradores encaramados en los árboles y provistos de fusiles de repetición. Descubierto el truco, nuestros soldados se dedicaron a la caza de estos "mochuelos humanos", que buscaban alivio a sus miedos en los olivares, y dieron varios ojeos con verdadero éxito, pues se cobró buen racimo de pajarracos marxistas.

X

Nos paramos en el Pingarrón. ¿Por qué?... Aparte de las dificultades del terreno, de la afluencia de enemigo—Brigadas Internacionales 12, 13, 14, 15 y 18—de los carros rusos y de una gran superioridad en aviación, nueva, potente y con empuje hasta entonces desconocido, aparte de todo esto, nos paramos porque lo exigía así la elemental prudencia de fortalecer la línea de nuestro frente de Madrid para soslayar cualquier riesgo y sorpresa. Aquella línea, queridos muchachos, era de un desarrollo de no menos de cien kilómetros, bien entendido que sólo me refiero al verdadero cerco y no al terreno que estaba bajo las armas de la División Reformada, cuya jurisdicción alcanzaba a Toledo y Talavera. Este que voy a describir era el frente de Madrid los días del Pingarrón. Desde Quijorna, pasando por Villanueva de la Cañada (y sin tomar en cuenta los pueblos de segunda línea, como los de Brunete, Villamanta, Villamantilla,

Chapinería, etc., sino siguiendo la línea de las posiciones en contacto con el enemigo y sólo esas), como digo, iba la línea de esos dos pueblos a Villanueva del Pardillo, y seguía por los poblados y términos municipales de Majadahonda, Las Rozas, El Plantío, Aravaca, Pozuelo, Cuesta de las Perdices, Casa de Campo, borde de la Dehesa de la Villa, Parque del Oeste, Ciudad Universitaria, carretera de Extremadura, barrio de Usera, Campamento, Cuatro Vientos, Leganés, Getafe, Carabancheles Bajo y Alto, Basurero municipal, Villaverde, Cerro de los Angeles, La Marañosa, Coberteras, El Porcal, Soto Pajares, Valperdices, Radio Militar, Santa Teresa, Cornicabras, San Martín de la Vega, La Isla, Ciempozuelos, Seseña y Cuesta de la Reina. Pues esta línea, de más de cien kilómetros de extensión, toda ella "de frote" y en toda ella raro era el día en que no se nos hacía fuego de fusil, de cañón, de ametralladora, cuando no de bombas de mano, sin que nunca se registrase ni un solo descuido que el enemigo lograse aprovechar ganándonos una trinchera, una casa, o siquiera un palmo de terreno. A pesar de ese frente de primera línea y del de segunda, que es de tres veces más dilatada

extensión, aún encontrábamos fuerzas y contingentes para montar columnas maniobreras que avanzaban un día y otro y ampliaban uno y otro día la extensión y fortaleza del cerco de Madrid. Se reforzó en tres días todo el sector y... ¡seguimos adelante, derrochando valor y pericia, pero... también mucha sangre!

XI

De pasada hemos dicho antes que la aviación marxista se mostraba muy superior en efectivos a la nuestra, y además pronunciadamente audaz. Aún añadiremos que a la audacia se sumaba la eficacia y que nuestra inferioridad tremenda en número y hasta calidad de aparatos de combate se acusaba con un dominar constante de los aviadores rojos los "techos" de aquellas salas de combate, cosa a la que no estaban acostumbrados nuestros soldados y que forzosamente tenía que poner, a ellos y al Mando, de mal humor.

El resurgimiento que se estaba registrando en la aviación roja era síntoma inequívoco de haber recibido nueva remesa de aparatos y pilotos, ya que era evidente que entre éstos no tenían los marxistas casi ninguno de nacionalidad española. Aquel resurgimiento se exteriorizó no sólo en una mayor eficacia, sino en la aceleración de la frecuencia del ritmo de sus vuelos de ataque y defensa.

Al comenzar las operaciones sobre Arganda tuvieron dos jornadas de suerte los aviadores rojos, consiguiendo a fuerza de aglomerar número considerable de "ratas" oponerse alguna vez al paso a los aires de sus líneas de nuestros aparatos de bombardeo, y otras veces, en que nuestros cazas aceptaron combate en evidente inferioridad numérica, nos derribaron dos o tres de ellos, éxito que registraron, sin duda por lo desusado, las radios rojas y que, según éstas, valió no menos que una felicitación del general Miaja a los bizarros conductores de los ligerísimos "ratas". Por las señales se las prometían muy felices los marxistas con estos incidentes favorables—¡en qué guerra no se registran!—y llegaron a creerse los dueños de la atmósfera, permitiéndose bellaquerías cobardes, como los bombardeos de Toledo, Mérida, Navalmoral de la Mata y algunos otros pueblos de la retaguardia totalmente indefensos y por ende fáciles de batir desde el aire.

Pero al fin se encontraron con la horma de su zapato y recibieron la más dura lección que cabe imaginar. Vale la pena de detallar el hecho, ya que en aquella famosa jornada aérea en que combatieron más de cincuenta aparatos de uno y otro

bando sobre el mismísimo cielo madrileño, terminando con la más absoluta victoria que registran los anales del aire al derribarles trece grandes aviones, con la sola pérdida de uno por nuestra parte, se decidió sólidamente y para toda la campaña la superioridad de nuestra aviación en técnica y en valor sobre la aviación ruso-franco-marxista.

Fué así: En aquellos días, y para evitar la progresión de nuestras columnas operantes entre el Jarama y Tajuña, los "ratas" habían montado un especial servicio de estacionamiento encima de sus líneas. Constantemente se veía una verdadera nube de aparatos ligerísimos planeando entre Arganda, Morata y Titulcia. Una vez que llegaban nuestros aparatos de bombardeo, con su habitual cortejo de "cazas" protectores, los citados "ratas se adelantaban a nuestro encuentro imponiéndose por el número y obligando a nuestros "Junkers" a virar en redondo, mientras les hacían frente nuestros "ligeros", que, además, eran recibidos por las antiaéreas ruso-francesas con fuego intensísimo. Este caso o táctica fué repetido durante tres o cuatro días con evidente desesperación de los tripulantes de nuestras máquinas de volar. Mas no podía durar

mucho. Morato y los suyos se juramentaron para acabar con aquel estado de cosas, y al presentarse los "ratas" sobre el habitual diario espacio en que se verificó la lucha señalada, se arrojaron temerariamente a través de las explosiones de las antiaéreas rojas, las rebasaron y consiguieron entremezclarse con la densa nube de "ratas" que, de cierto, no esperaban tamaña audacia y perdieron en el acto su formación de barrera infranqueable.

La lucha se entabló corajudamente. Nuestros "cazas" ganaron pronto alturas increíbles y desde ellas se lanzaban en pico contra los "ratas" empavorecidos, que no acertaban a encontrar sistema adecuado de defensa ante lo raudo de nuestra acometida, y trataron de salirse del combate buscando la salvación por nuestro frente; pero allí estaban vigilantes las antiaéreas de nuestro Ejército, que dibujaron una cortina de metralla imposible de atravesar. Varios "ratas" lo intentaron y tres de ellos cayeron a tierra; otros "picaron", procurando filtrarse casi a ras del suelo por encima de la cinta del río Jarama, sufriendo el fuego útil y eficaz de las ametralladoras leales que derribaron otros tres cazas; y, en fin, varios de ellos, que huyeron hacia Ma-

drid, fueron perseguidos por los nuestros y cuatro no consiguieron llegar a puerto de salvación, quedándose incendiados en el camino. Entretanto, uno de nuestros cazas planeó junto a Pinto y tomó tierra, indemne el aparato y herido el piloto, tan experto como valeroso, en el antebrazo izquierdo.

Mientras esta lucha homérica tenía lugar, los "Junkers" hicieron, no una, sino tres pasadas sobre las líneas enemigas, singularmente sobre el célebre olivar donde tanto resistían los marxistas, amparados por sus ramajes, troncos y las desigualdades del terreno. El bombardeo, por tres veces repetido, debió de ocasionar verdadero espanto al enemigo, que no lo esperaba, y al que, por lo visto, se le había asegurado que nada tenía que temer de nuestra aviación. Lo cierto es que la presión roja, que se venía señalando sobre la columna del centro, desde aquel momento se desvió hacia Titulcia y pasó a enfrentarse con el flanco derecho nuestro. Los del centro rectificaron su línea, se pusieron en contacto y situación cómodamente con la columna de la izquierda y mejoraron, despejándola por completo, su situación estratégica.

La valerosa decisión de García Morato, as de

nuestra escuadra aérea, dió al traste con la jactanciosa acción de los "ratas", que no volvieron a presentarse en el resto de aquel día; pero, además, sirvió para situar nuestras unidades convenientemente, restando al enemigo la ventaja cierta de que venía disponiendo al poder atacarnos desde posiciones ventajosas y casi de modo impune. Los nueve aparatos que derribamos al enemigo les debieron de hacer comprender cómo sólo circunstancial y momentáneamente podían presumir de obstaculizar nuestra acción aérea: sólo momentáneamente digo, queridos muchachos, porque para conseguir algo más que eso, les hubiese sido preciso un espírituy un valor capaz de enfrentarse con el habitual de nuestros pilotos, y eso, para un piloto rojo, es algo punto menos que imposible. El dominio de los aires es y será siempre para los valientes, y los aviadores rojos ya quedó visto que no lo eran, ni aun cuando como en aquellos días tengan la superioridad numérica, ni aun contando con aparatos más ligeros que los que les atacan. Hay que "jugársela" como se la jugaron los nuestros, "los de Morato", para tener y mantener el dominio del aire, y esa no es empresa adecuada para los pilotos mercenarios. La escuadrilla de caza

de Morato fué condecorada y el *as* de nuestra aviación recibió la Laureada de San Fernando como premio a su heroica acción, que salvó no sólo una situación crítica momentánea, sino el honor, la moral de nuestra arma aérea de guerra, gloriosa e invencible desde aquel día y ya para siempre.

XII

Acumularon los rojos cuanto tenían de útil en aquel frente del río del Tajuña—porque ya el frente no estaba, como ellos decían, en el Jarama, sino en el Tajuña, es decir, más al Este todavía y desde luego sobre la carretera famosa de Valencia—. Las informaciones controladas escrupulosamente nos permitieron calcular la densidad de los contingentes que había acumulado el enemigo. Se supo a ciencia cierta que reunieron nada menos que cuarenta batallones para oponerse al paso de nuestras columnas. La documentación de los cadáveres rojos que cayeron en nuestro poder acreditan ese número de batallones; las declaraciones de pasados y prisioneros, al ir enumerando los Cuerpos a que pertenecieron mientras estuvieron con las armas en la mano enfrente de nosotros, asimismo localizan todas y cada una de esas cuarenta unidades. Es, pues, un hecho incontrovertible el que estaban "poniendo toda la carne en el asador"

para dificultar nuestro avance hacia el Este de la contornada madrileña.

Mas a aquellos batallones fueron llevando los rojos todo cuanto tenían: lo bueno, lo mediano y lo malo. Al lado de los rusos, franceses, ingleses y belgas que integraban las Brigadas Internacionales—que en el Pingarrón lucharon como ya nunca volverían a hacerlo—estaban los batallones de milicianos de antiguo y de nuevo cuño. Desde luego, fué fácil comprobar que figuraban en tales batallones hombres del campo que apenas si tenían instrucción militar y a quienes de prisa y corriendo se les había enseñado el manejo del fusil, y a los que se situaba, por cierto, en primera línea, porque, con razón, se sospechaba que sólo en lugares desde los que fuere imposible la huída sin correr más riesgo que el de seguir aguantando el fuego enemigo, se podía llegar a evitar que "chaqueteasen" descaradamente. Y hay que reconocer que el sistema no les dió mal resultado del todo, porque en los últimos combates del Pingarrón se observó cómo resistían a nuestros tremendos empujones, defendiendo, con más tesón que antes lo hicieran, el terreno que se les encomendaba guardar y sostener.

Pero no era sólo esto; es que, además, el "Gobierno" marxista había dado orden a todo su "ejército" y en todos los frentes para colaborar en la contraofensiva que se iniciaba en el Pingarrón madrileño, con acciones que impidiesen a nuestro Mando desplazar refuerzos de combatientes al frente de Madrid para continuar la operación y culminar todos los objetivos llegando a Alcalá de Henares y dejando completamente cortadas las comunicaciones de Madrid con el resto de la España roja. Y así el día 13 de febrero—que fué el día en que realmente quedó iniciada la contraofensiva de Miaja en los ataques contra el célebre olivar del Pingarrón y demás posiciones del triángulo formado entre los pueblos de Arganda, Morata de Tajuña y San Martín de la Vega—en ese mismo día en que el Cerro del Valperdices, en la inolvidable Casa Nevares—que se tomó y se perdió diecinueve veces—y en la cumbre del Pingarrón—donde los Regulares y los Tiradores que mandaba el general Buruaga sufrieron un fuego tremendo que diezmó sus filas y dejó reducidos sus componentes y mandos a la más mínima expresión, siendo resquicio oportuno para que todos ellos mostrasen su pericia y su valor y para que algunos,

como el Comandante Zamalloa, derrochasen tanta audacia y serenidad que ganó legítimamente la Laureada de San Fernando—en aquel mismo día, digo, en que cincuenta aparatos rojos fueron derrotados por la escuadrilla de caza de García Morato—la escuadrilla de "¡Suerte, vista y... al toro!"—pues se iniciaba por todo el frente de Madrid, por toda la línea que antes dejamos descrita y que corría desde las inmediaciones de El Escorial hasta las de Aranjuez, una serie sucesiva de ataques, más intensos en las proximidades mismas de la capital, en la Ciudad Universitaria, Casa de Campo, carretera de La Coruña y Carabancheles, y haciéndose presión extraordinaria en el sector de Titulcia, mientras que se desencadenaba otra furiosa ofensiva en el frente de Aragón, con un avance casi general de las tropas de Ascaso sobre Huesca, y un ataque en el sector de Teruel y en el curso del Ebro hasta las inmediaciones mismas de Zaragoza; y se atacaba igualmente por el frente de Molina de Aragón; y, en fin, se atacaba a fondo a Oviedo y sus comunicaciones con Grado, que quedaban cortadas, anunciando los periódicos y las radios haber entrado en la capital asturiana ¡como anunciaban haber roto el frente en Bel-

chite, en Calamocha y en Vivel del Río! ¡Y como la prensa de Madrid anunció, y juró y perjuró que habían reconquistado Navalcarnero, Talavera y Toledo..., plazas que, por cierto, aún no habían confesado que habían perdido!

Nada menos que todo esto, como decimos, se desencadenó y nada menos que en todo esto fracasaron los rojos, y a cambio de haberse dejado millares de vidas en el campo de batalla y un enorme botín de guerra, únicamente lograron que no se realizase por entero la tercera y última parte de la maniobra concebida por Franco con la llegada de nuestras fuerzas a Alcalá de Henares. No se pudo, efectivamente, realizar esta tercera parte, porque, para ello hubiera sido preciso que la División Reforzada de Madrid hubiese recibido unidades de refresco considerables para que relevasen y supliesen a las que venían combatiendo en lucha feroz, en lucha hasta entonces inigualada, en lucha de diez contra cien, como la que se desarrolló en los campos de Arganda, Valperdices, Pajares y el Pingarrón.

Pero... no quiero ocultaros, queridos muchachos, que en aquella lucha que he calificado de tremenda y hasta entonces inigualada, nosotros, los españoles de Franco, perdimos también mu-

cha gente, y que allí cayeron para no levantarse jamás, la flor de nuestros Tabores de Regulares, de nuestras "mías" de tiradores del Rif y de Ifni y de nuestras Banderas Legionarias. ¡Lo mejor, lo más selecto de aquel Ejército que nos había llegado de Africa para salvarnos, efectivamente, en el Pingarrón se quedó! Pero ¡aquellos cuerpos que allí se enterraron vinieron a convertirse en infranqueables murallas para el enemigo, que no pudo avanzar en su contraataque furioso y desesperado ni un paso en el Pingarrón, Valperdices, La Aldehuela, Casa Eulogio, la Marañosa, Coberteras y Vaciamadrid, lugares que quedaron para siempre por Franco y para Franco y que se ganaron a costa de aquella sangre heroica y de aquellas pérdidas irreparables..., pero que ello sirvió para que en todo lo que quedó de guerra, absolutamente en todo el resto de la campaña, no se volviera a perpetrar ni un solo conato de ataque rojo por todo aquel sector.

Eso ganaron los nuestros en aquellas heroicas jornadas en que luchaban en proporción de uno contra diez, en que el enemigo tenía detrás de cada tronco de árbol una ametralladora o un fusil ametrallador; en que en el aire, por cada

avión nuestro, había veinte de los marxistas; en que, en fin, los mejores soldados y los mejores mandos internacionales se acumularon para aplastar a los "fachistas", creyendo que con aquella tromba de 40.000 combatientes lanzados sobre nosotros, y con una superioridad de armamento incuestionable, la guerra quedaría definida a su favor y precisamente en el teatro más propicio a los grandes espectáculos y reclamos escandalosos "a lo marxista". Pero Madrid, el escenario central de la guerra, no admitía ya más engaños, y pronto supo y "encajó" el golpe que en el Pingarrón les dimos..., ¡porque allí se dejaron los dientes y los colmillos los perros de presa que eran las célebres Brigadas Internacionales!

Madrid, junio 1941.

Lo que se propone "EDICIONES ESPAÑA"

Se ha escrito mucho acerca de la magna Epopeya, labrada en granito, culminación de esfuerzos gigantescos de nuestros soldados heroicos y creada en el cerebro prodigioso de nuestro invicto Caudillo; pero siempre habrá de ser, por los siglos de los siglos, cantera inagotable de donde nuestros futuros publicistas sacarán materiales con que dar a luz libros y estudios de tipo histórico y docente que constituyan otros tantos pilares donde se asiente la obra inmensa gloriosamente iniciada por ese hombre providencial que siente a España en el cogollo del corazón.

Ediciones España, modesta, pero entusiásticamente, quiere también contribuir al empeño patriótico de tantos ilustres conciudadanos nuestros, y, sin escatimar nada, se lanza por el camino felizmente emprendido, y comparece ante los millones de lectores españoles que todavía ignoran mucho de cuanto aconteció en los campos de batalla y, antes, en el inicio del glorioso Movimiento, con el propósito de que no haya un solo español que ignore todo lo que hay de maravilloso y emocionante en la santa Cruzada de nuestro Ejército y sus invictos directores.

"El Tebib Arrumi", cronista inimitable y espectador emocionado y ardiente de cuantos hechos de armas se han sucedido a lo largo de la cruenta contienda, va a contarnos cuanto vieron sus ojos e hirió su viva imaginación en su calidad de "Cronista oficial de guerra"... ¿Quién mejor testigo de la Cruzada portentosa? Posiblemente, nuestros lectores, los lectores de Ediciones España, van a tener que agradecernos la aparición de esta serie de pequeños volúmenes, debidos a la pluma brillantísima, exacta y veraz del popularísimo "El Tebib Arrumi", que con este 25.º tomo, titulado *Batallas del Jarama y el Pingarrón,* continúa la interesantísima colección de episodios, anecdotarios, bélicas hazañas de nuestros guerreros, sin posible semejanza en el pasado del mundo.

PRECIO:
1,20
PESETAS

DIANA Artes Gráficas.-Larra 6.-MADRID